

## In the Jewish Synagogue at Newport\*

Emma Lazarus (1849-1887)

Here, where the noises of the busy town,  
The ocean's plunge and roar can enter not,  
We stand and gaze around with tearful awe,  
And muse upon the consecrated spot.

No signs of life are here: the very prayers  
Inscribed around are in a language dead;  
The light of the "perpetual lamp" is spent  
That an undying radiance was to shed.

What prayers were in this temple offered up,  
Wrung from sad hearts that knew no joy on earth,  
By these lone exiles of a thousand years,  
From the fair sunrise land that gave them birth!

Now as we gaze, in this new world of light,  
Upon this relic of the days of old,  
The present vanishes, and tropic bloom  
And Eastern towns and temples we behold.

Again we see the patriarch with his flocks,  
The purple seas, the hot blue sky o'erhead,  
The slaves of Egypt, —omens, mysteries,—  
Dark fleeing hosts by flaming angels led.

A wondrous light upon a sky-kissed mount,  
A man who reads Jehovah's written law,  
'Midst blinding glory and effulgence rare,  
Unto a people prone with reverent awe.

The pride of luxury's barbaric pomp,  
In the rich court of royal Solomon—  
Alas! we wake: one scene alone remains,—  
The exiles by the streams of Babylon.

Our softened voices send us back again  
But mournful echoes through the empty hall;  
Our footsteps have a strange unnatural sound,  
And with unwonted gentleness they fall.

The weary ones, the sad, the suffering,  
All found their comfort in the holy place,  
And children's gladness and men's gratitude  
Took voice and mingled in the chant of praise.

The funeral and the marriage, now, alas!  
We know not which is sadder to recall;  
For youth and happiness have followed age,  
And green grass lieth gently over all.

Nathless the sacred shrine is holy yet,  
With its lone floors where reverent feet once trod.  
Take off your shoes as by the burning bush,  
Before the mystery of death and God.

July, 1867

\*Lazarus, Emma. *Admetus and Other Poems*. New York: Hurd and Houghton, 1871. 160-62.

## En la sinagoga judía de Newport

Emma Lazarus (1849-1887)

Aquí, donde ni el ruido del atareado pueblo  
ni el caer y rugir del mar pueden entrar,  
de pie miramos todo con palpitante asombro  
y meditamos sobre el consagrado lugar.

Las mismas oraciones en torno están inscritas  
en una lengua muerta, de vida aquí no hay signos;  
la luz, que un resplandor de la “perpetua lámpara”  
siempre habría de arrojar, ahora se ha extinguido.

¡En el templo, exprimidos, qué rezos se ofrecieron  
de pechos tristes, ciegos a la alegría en la tierra,  
desde estos solitarios por mil años expulsos  
del terruño de auroras que les dio la existencia!

Y mientras contemplamos, ahora, en este nuevo  
mundo de luz, sobre estas ruinas de días pasados,  
el presente se esfuma y flores tropicales  
y pueblos del oriente y templos admiramos.

De nuevo, en sus rebaños, vemos al patriarca,  
los mares grana, arriba el cielo azul, caliente,  
los esclavos de Egipto —presagios y misterios—;  
guiadas por ígneos ángeles, huyen oscuras huestes.

Una luz sobre un monte besado por el cielo,  
un hombre que la ley escrita de Dios lee  
ante un brillo que ciega y un raro resplandor  
sobre un pueblo postrado en pasmo reverente.

El orgullo del bárbaro alarde de los lujos  
del real Salomón en la corte suntuosa.  
¡Ay!, despertamos, solo un cuadro permanece:  
los exiliados ante los ríos de Babilonia.

Nuestras difusas voces nos traen de regreso  
solo afligidos ecos del salón desolado;  
nuestras pisadas suenan ajenas y afectadas  
y descienden con un donaire inusitado.

En total, los cansados, los tristes, los dolientes,  
aquí hallaron consuelo sagrado, y la algazara  
infantil y las gracias de los hombres se unieron  
a las voces, mezclándose al canto de alabanza.

Cuál es, a la memoria, del entierro y la boda,  
más triste de los dos; ahora, ¡ay!, no sabemos,  
porque la juventud y la dicha se han ido  
y hoy la hierba verde descansa sobre ellos.

No obstante, aún el santuario es santo, con sus pisos  
solos donde hace tiempo se avanzó reverente.  
Descálsense, entonces, como frente a la zarza  
ardiente, ante el misterio de Dios y de la muerte.

Julio, 1867

© Traducción de Héctor Contreras López, con la colaboración  
de Hershel Weiss y Demetria Martínez.